

# EL ECO LUSITANO.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. MANUEL DE LA ROSA Y GONZALEZ.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Plasencia, trimestre. . . . . 8 reales.  
Fuera. . . . . 9 idem.  
Extranjero y Ultramar. . . . . 13 id.  
Anuncios para los suscritores á 5 cénts. linea.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Plasencia, en la Direccion, calle del Rey, 25, donde se dirigirá toda la correspondencia. Sale todos los Jueves. Pago adelantado en libranzas.—No se devuelven los escritos.

## EL ECO LUSITANO.

### VINDICACION.

En su discurso de apertura de la escuela de Artes y Oficios, ha dicho el Sr. Barrado: «Verdad es que ni los Apóstoles ni los Padres de la Iglesia, cuando su influencia política era tan grande, ni los Papas de Roma cuando dominaron á Europa, hicieron nada en favor de los esclavos. (*El Estremeno*, núm. 12, plana 1.ª, columna 3.ª)

Al leer tan peregrina asercion, no ha sido posible resistir al deseo natural de volver por los fueros de la verdad tan irreflexivamente conculcada. El aserto no tiene novedad alguna; reprodújole el Sr. Castelar años hace, y nada tendría de extraño que lo copiara de Mr. Guizot que afirmó lo mismo en una de sus producciones, sabia y oportunamente refutado por nuestro inmortal Balmes.

Produce honda pena ver como una y otra vez se reproduce cargo tan injustificado á la institucion única que ha civilizado al mundo entero; parece que se pretende amenguar la legítima influencia que la Iglesia ejerce en la direccion del género humano, y eclipsar la luz divina con que ilumina los caminos que ha de recorrer la desgraciada humanidad. Vano empeño, *las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia*, dijo el Maestro de toda verdad. Es, pues, tristísimo que quien se precia de pensador y erudito aventure juicios que con la historia en la mano, algo de crítica y un poco de buen sentido se deshace como ligero vapor que no resiste la accion del aire. A veriguemos si al Sr. Barrado le sucede cosa parecida en el juicio arriba consignado. Desde Jesucristo hasta nuestros dias, la Iglesia católica, ha combatido la esclavitud por sus órganos más autorizados Apóstoles, Padres, Papas,

Concilios, todo en fin, lo que en la Iglesia católica hay de más elocuente y sabio ha clamado sin cesar contra la esclavitud, borron inmenso, padron de ignominia de la mentida civilizacion, que hoy se pregona á los cuatro vientos de la tierra. Desde que el Salvador del mundo derramó su sangre preciosísima por la salud del género humano; desde que su doctrina santísima vino anunciando al género humano paz en la tierra de buena voluntad, desde el momento solemnemente en que dijo al mundo entero á los hombres todos: *Amarás á tu prógimo como á tí mismo*, y formó de todos los hombres un solo rebaño con un solo pastor, con la misma fé, el mismo Dios y el mismo bautismo, desde aquel instante la esclavitud quedó herida la muerte, como lo fueron las leyes, instituciones, religion, todo en fin, lo que pertenecía á los pueblos antiguos; se anuncia la igualdad cristiana, y se levantó á todo el género humano al grado altísimo de hijo de Dios. Con razon decia á este propósito el Apóstol S. Pablo escribiendo á los gálatas, (c. 7., v. 27.) «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo. No hay judío, ni griego: no hay siervo ni libre... porque todos vosotros sois uno en Jesucristo.» Esa igualdad que predica el Apóstol, esa unidad no favorece nada, absolutamente nada á la esclavitud; si no la estingue de hecho, la condena de derecho, aminora su importancia y vá creando en las ideas y en las convicciones un modo de ser nuevo, diametralmente contrario á la esclavitud. Habla el Apóstol S. Pablo: «Siervos obedeced á vuestros señores temporales con temor y simplicidad de corazon, como quien sirve á Dios y no á los hombres... y vosotros, señores, tratad del mismo modo á vuestros siervos, acordándoos de que teneis en el cielo un Señor que es amo vuestro y suyo, y en quien no hay acepcion de personas.» (Carta á los de Éfeso, c. 6.) Si lo dicho por S. Pablo nada significa para condenar la esclavitud; si el



igualar ante el juicio de Dios al señor y al esclavo no es intentar la mejora social de esa desgraciada porción del género humano, si el Apóstol que así escribe, y la Iglesia que tiene esas cartas por divinamente inspiradas nada han hecho en favor de los esclavos, que lo diga el buen sentido; basta tener ojos y leer. En aquella ocasión no podía hacerse más, se afirmaban los principios para luego deducir las consecuencias; la Iglesia no obra jamás con precipitación ni ligereza, preside siempre en todos sus actos un espíritu de exquisita prudencia que no vió el Sr. Barrado al lanzar contra ella tan injustificados cargos. El espíritu de amor y concordia que vá envuelto en todos los actos de la Iglesia, fué estendiéndose con la predicación apostólica, y claro es que la caridad, fuente inagotable de paz y ventura, no podía conciliarse ni avenirse con la opresión y malos tratamientos de que eran víctima los esclavos; la esclavitud y la caridad se escluyen mutuamente, y como la religión todo es caridad, claro es que la esclavitud iría desapareciendo en la proporción que la caridad se fuera apoderando de los corazones, dominando las inteligencias, y moviendo las voluntades en favor de los esclavos, movimiento gradual que se resolviera luego en la completa extinción de la esclavitud. Enemigo declarado de ella el catolicismo, desde luego combate denodadamente tan degradante estado, y ya en los albores de su aparición sobre la tierra, encontramos rasgos admirables que marcan la línea de conducta que se ha trazado para combatir la esclavitud. La manumisión se ejerce al momento, y de ello tenemos elocuente testimonio en la carta que S. Ignacio escribe á S. Policarpo, santos varones que florecieron en el siglo primero, y son tenidos como Padres de la Iglesia. El mismo S. Ignacio escribiendo á los fieles de Esmirna les exhorta á huir de los docetas, «porque no tienen caridad en su corazón, no se toman cuidado alguno por las viudas, ni por los huérfanos ni por los desgraciados, ni por los prisioneros, *ni por los que recobran la libertad...*» Manifestación terminante del interés que inspiraban los manumitidos, dignos de toda solicitud, porque carecían de medios de vida, y la Iglesia no podía abandonarlos en tal estado, siempre la desgracia escitó la compasión de los corazones cristianos.

Tarea proligísima fuera discurrir sobre todos y cada uno de los Padres de la Iglesia, pero si anotaremos alguno por si el Sr. Barrado quiere consultarlos. S. Cipriano, Obispo de Cartago, que vivió en el siglo tercero, tiene en su carta dirigida á los Obispos de Africa, rasgos elocuentes, pensamientos bellísimos sobre la caridad en favor de los esclavos y hace una gran colecta para la redención de ellos. S. Ambrosio, Obispo de Milan, siglo cuarto, en su libro de Oficios, c. 15, dice: «La liberalidad mayor es redimir los cautivos, librándolos de las vejaciones que su-

»fren, y principalmente las mujeres, espuestas siempre á mayores desventuras.» Es sobremañera agradable leer lo que pensaba sobre la esclavitud uno de los mas grandes hombres del cristianismo: S. Agustin, (Ciudad de Dios, lib. 19). Despues de haber sentado en pocas palabras la obligación que tiene el que manda de mirar por el bien de aquel á quien manda, despues de haber dicho que los justos no mandan por capricho ni soberbia, sino por el deber y deseo de hacer bien á sus súbditos; despues de haber condenado con doctrina tan noble, toda opinion que se encaminara á la tiranía, á que fundase la obediencia en motivos de envilecimiento; como si temiese alguna réplica contra la dignidad del hombre, enardécese de repente su grande alma, aborda de frente la cuestión, la eleva á su altura mas encumbrada, y desatando sin rubor los nobles pensamientos que hervian en su frente, invoca en su favor el orden de naturaleza y la voluntad del mismo Dios, exclamando: «así lo prescribe el orden natural, así crió Dios al hombre; díjole que dominara á los peces del mar, á las aves del cielo, y á los reptiles que se arrastran sobre la tierra. La criatura racional hecha á su semejanza, no quiso que dominase sino á los irracionales, no el hombre al hombre, sino el hombre al bruto.» El mismo modo de sentir le vemos reproducido ocho siglos despues, por otra de las lumbreras, mas resplandecientes de la Iglesia Sto. Tomás de Aquino, (1. Part. q 76 art. 4.) En la esclavitud no vé tampoco ese grande génio, ni diferencia de razas, ni la inferioridad imaginaria, ni medios de gobierno; no acierta á explicárselo de otro modo que considerandola como una plaga acarreada á la humanidad por el pecado primero. No habiendo tenido la redención consumada por Jesucristo mas objeto que reprobado, condenar bajo un respeto y restaurar bajo otro las consecuencias del pecado original, claro es que la esclavitud como hija de aquel, está reprobada y condenada por el catolicismo, y subsiste y persevera contra los deseos y enseñanzas del Salvador del mundo.

Tan cierto es y tan profundamente arraigada es, ha sido y será esa convicción en las conciencias católicas, que ya en los primeros tiempos de la Iglesia nos hallamos con la abnegación cristiana, llevada al heroísmo. S. Clemente, Papa, en su carta á los de Corinto dice: «A muchos de ellos mismos al cautiverio para rescatar á otros.» La redención de cautivos era para la Iglesia asunto tan preferente que, por Cánones muy antiguos, estaba prevenido que, si esta atención lo exigía se vendiesen las alhajas de la Iglesia, hasta los vasos sagrados; tratándose de los infelices cautivos, no tenia límites la caridad, el celo salvaba todos los obstáculos, hasta llegar el caso de mandarse que por mal parados que se hallasen los negocios de una Iglesia, primero que a